

---

**Aprender a mirar la salud. Cómo la desigualdad social daña la salud** de Joan Benach y Carles Muntaner 137  
*Óscar Carpintero*

---

**Planeta de ciudades miseria** de Mike Davis 141  
*Fco. Javier Gutiérrez Hurtado*

---

**El final de la era del petróleo barato** de Joaquim Sempere y Enric Tello 143  
*Salvador López Arnal*

---

**Potencialidades y limitaciones del codesarrollo** de Carlos Gómez Gil / **La ilegitimidad de los créditos FAD. Treinta años de historia** de Carlos Gómez Gil (dir.), Dani Gómez Olivé (coord.), Gemma Tarafa 146  
*Ángel Martínez González-Tablas*

---



## APRENDER A MIRAR LA SALUD. CÓMO LA DESIGUALDAD SOCIAL DAÑA LA SALUD

Joan Benach y Carles Muntaner

El Viejo Topo,  
Barcelona, 2005.

130 páginas

¿Por qué la esperanza de vida de una niña en Sierra Leona es cincuenta años menor que la de una niña japonesa? ¿Esta situación es natural e inevitable, o podemos modificarla? ¿Cuál es el exceso de mortalidad debido a la desigualdad social?

De manera clara y diáfana, alguna respuesta ha dado la Organización Mundial de la Salud (OMS) en su reciente e importante informe sobre los determinantes sociales de la salud aparecido a finales de agosto de 2008: “La justicia social es una cuestión de vida o muerte. Afecta al modo en que vive la gente, a la probabilidad de enfermar y al riesgo de morir de forma prematura. La injusticia social está acabando con la vida de muchas personas”.<sup>1</sup> Ya en 2005, con la formación, de la *Comisión sobre los Determinantes Sociales de la Salud*, la OMS vino a reconocer el trabajo de más de dos décadas de investigaciones médicas y epidemiológicas que, desde posiciones minoritarias en el *establishment* biomédico, llamaban la atención sobre los daños que la desigualdad social provoca en la salud.

Precisamente ese mismo año en que se creó la mencionada Comisión, Joan Benach (Profesor Titular de Salud Pública y Salud Laboral en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona) y Carles Muntaner (Catedrático de Ciencias de la Salud en la Universidad de Toronto, Canadá), publicaron el libro objeto de esta reseña con el aval de más de una década de provechosas investigaciones. No en vano, la

experiencia acreditada por los autores les llevó a dirigir una de las redes de expertos que asesoró a la citada Comisión de la OMS en su labor. Y cuando uno compara el contenido del libro que comentamos con algunos apartados del Informe, esta influencia aflora de manera clara, lo que revaloriza el contenido del libro y justifica la atención que ahora le prestamos en esta revista.

Este es un libro necesario. No son frecuentes los textos que combinan la brevedad de sus páginas con una notable riqueza de reflexión y matices, de sensibilidad e inteligencia. Y menos frecuentes aún los que, sin preocupación por asuntos lejanos, nos obligan a cambiar el paso y la mirada sobre aspectos cercanos y cotidianos. Tan cercanos y cotidianos que, de tanto verlos, apenas los *miramos*. O, cuando lo hacemos, muchas veces erramos la perspectiva.

Por fortuna, Joan Benach y Carles Muntaner no son de los científicos que miran para otro lado. No son cómplices de lo que sucede, aunque lo que suceda sea mucho. Son, en verdad, una especie rara: se trata de dos investigadores de primera fila que han aprendido a mirar profundamente la *salud* y sus determinantes, desafiando bastante de la sabiduría biomédica convencional, pero sin caer en veleidades irracionales que a la postre ahorcan.

Como nos recuerdan en el texto, empezar a mirar la salud de otra manera resulta fundamental pero requiere paciencia, esfuerzo y aprendizaje. En este libro se recogen las principales enseñanzas de una forma de *mirar la salud* que hunde sus raíces y pone el énfasis en el análisis del contexto socioeconómico, de las situaciones de desigualdad en los recursos, y del marco institucional que regula el funcionamiento de cada sociedad. De ese análisis depende además la respuesta que demos a un interrogante que se encuentra en el centro de la polémica, a saber: ¿Depende la salud sobre todo de la carga genética de la población y de los hábitos —más o

<sup>1</sup> World Health Organization (Commission on Social Determinants of Health), *Closing the Gap in a Generation. Health Equity through Action on Social Determinants of Health*, Geneva, 2008. ([www.who.org](http://www.who.org)).

menos “saludables”— de comportamiento, o existen otros determinantes que actúan, si cabe, con mayor intensidad? ¿Es fundamentalmente una cuestión de responsabilidad individual, de fármacos y actitudes, o la estructura y las *condiciones de desigualdad social* pueden contribuir en un grado notable a la mejora o empeoramiento de la salud?

Benach y Muntaner lo expresan con claridad: “La salud comunitaria y la salud pública no dependen tanto sólo de la suma de elecciones libres e individuales de las personas sino, sobre todo, de los múltiples condicionantes y necesidades sociales que configuran la forma de vivir, relacionarse, trabajar y enfermar en cada sector de la sociedad. De hecho, hoy en día tres cuartas parte de la humanidad no disponen de la opción de elegir con libertad factores relacionados con la salud tan importantes como son seguir una alimentación adecuada, vivir en un ambiente saludable o tener un trabajo que no sea nocivo para la salud. *La salud no la elige quien quiere sino quien puede*”.

Es, precisamente, la existencia de desigualdades en salud tan palpables —entendidas como aquellas diferencias que resultan “innecesarias, injustas y evitables”— las que explican, según los autores, que en una época de progreso tecnológico, farmacológico y quirúrgico sin precedentes en la biomedicina, nos encontremos con la paradoja de que no mejore en la misma proporción la salud de *toda* la población. Desigualdades que, como bien expresan Benach y Muntaner, son generadas por un sistema económico y social en el que, a su vez, la distribución del poder político y económico es también muy desigual. O dicho de otro modo: necesitamos “buscar las verdaderas causas y dejar de echar la culpa a las víctimas”.

Hay, además, un rasgo de este texto que lo hace especialmente atractivo. Recorre sus páginas un inusual equilibrio entre, por un lado, la pulcritud metodológica y el rigor en el tratamiento de la información, y, de otra parte, la sensibilidad social y la mirada atenta y cualitativa frente al sufrimiento humano. “Conocer lo particular

además de lo general: la tragedia personal de cada individuo y el drama social de las poblaciones. Conocer la sociedad donde vive el individuo, y al individuo inserto en la sociedad. Identificar a los que sólo son un número en las estadísticas oficiales. Conocer no sólo lo mensurable sino lo relevante, no desentenderse del sufrimiento de ningún ser humano (...) si sabemos escucharlos, los números nos hablan”, escriben con lucidez Benach y Muntaner.

¿Y de qué nos hablan los números? De muchas cosas. Para empezar, los autores relatan y documentan de manera clara los cinco rasgos fundamentales que presentan las desigualdades en la salud. En primer lugar, son *enormes*, esto es, las diferencias en la probabilidad de morir según clases sociales o entre países ricos y pobres resulta muy elevada. De hecho, en países como Gran Bretaña donde existen estudios continuados durante décadas, se ha comprobado que las diferencias en *la probabilidad de morir entre clases sociales extremas supera en magnitud a las producidas por tabaquismo*. No en balde, en este país, los directivos y ejecutivos tienen casi diez años más de esperanza de vida que los trabajadores manuales. Y esto se traduce anualmente en muertes *evitables*, con nombres y apellidos: en el caso británico se calcula que si los pobres tuvieran las mismas tasas de natalidad que los ricos se podrían evitar 42.000 muertes entre el colectivo de 16 a 74 años. O, a escala planetaria, si todo el mundo consiguiera alcanzar el nivel de mortalidad infantil vigente en Islandia, se podría evitar anualmente la muerte de más de 10 millones de niños.

Pero esto no es sólo un problema de los extremos de la sociedad nacional o planetaria. Las desigualdades también son *graduales*, se extienden a lo largo de toda la escala social, y presentan un gradiente de empeoramiento a medida que se reduce la renta y la posición social. Dicho gradiente hace que la desigualdad se exprese en una mayor o menor vulnerabilidad de la salud de las distintas clases sociales dentro de un mismo país. Una vulnerabilidad

que da lugar a diferencias de salud injustas y evitables.

Fijar la lente en la influencia de la desigualdad social sobre la salud permite relativizar el éxito en la reducción de las tasas de mortalidad en los países ricos durante las últimas décadas. En efecto, el tercer rasgo muestra que las desigualdades en la mortalidad entre clases sociales —y entre países— lejos de menguar *persisten o se han incrementado*. Y si a eso unimos, en cuarto lugar, el carácter *adaptativo* de muchas de esas desigualdades —es decir, que los grupos sociales más pudientes se benefician antes y mejor de las acciones sanitarias para mejorar la salud—, no debe extrañar que el panorama empeore. Se produce aquí lo que se conoce como la “ley inversa de la atención sanitaria” o, lo que es lo mismo, cuanto mayor es la necesidad peor y menor es la atención prestada.

El quinto y último rasgo tiene que ver con el carácter *histórico* de estas desigualdades en la salud. Cambian con el tiempo y se modifican según las circunstancias sociales y económicas. Por ello, ni cabe aceptar que estos grados de desigualdad son inevitables, ni tampoco puede uno fiarse de que las mejoras conseguidas en la salud o en la reducción de las desigualdades en este ámbito lo van a ser para siempre. Tal vez el lamentable ejemplo del descenso en la esperanza de vida en Rusia y la antigua Unión Soviética que ha seguido a la debacle económica y social de esos territorios durante la década de los noventa sea el mejor indicador de esta última circunstancia.

Pero introducir estos elementos, no solo lleva a constatar la antigua enseñanza de que los muy pobres viven mucho peor que los muy ricos y que, por tanto, tienen peor salud, enferman con más frecuencia y mueren con anterioridad. La pobreza daña la salud y, por esta razón, como se recuerda en el libro, la “pobreza extrema” fue reconocida finalmente como enfermedad en la Clasificación Internacional de Enfermedades con el código Z59.5. Ahora bien, los problemas no desaparecen al estudiar o

comparar la salud de los que poseen un nivel de renta medio o inferior, con los que se sitúan por encima de ellos. Como recuerdan Benach y Muntaner: “Comprender las relaciones existentes entre la desigualdad social y la desigualdad en salud es algo mucho más complejo que el simple hecho de constatar la enorme diferencia en la riqueza o la muerte que existe entre los individuos y grupos que están en los extremos de la escala social, o entre las naciones o áreas geográficas muy ricas o muy pobres. Como la masa de hielo sumergida de un iceberg, las características de las desigualdades en salud quedan ocultas, invisibles ante nuestros prejuicios o nuestra ignorancia”.

*Aprender a mirar la salud* no solo permite reducir considerablemente nuestra ignorancia y eliminar prejuicios injustificados desde una perspectiva general. También tiene la ventaja de resumir en pocas páginas las investigaciones más importantes que los autores han aplicado a la realidad española. Benach y Muntaner eligen los cuatro primeros rasgos destacados líneas atrás y certifican su amplia presencia en nuestra sociedad. El capítulo 7 titulado significativamente “Las otras Españas”, revela, en efecto, que las desigualdades socioeconómicas se están traduciendo en importantes diferencias en la muerte y la salud y que estas también son enormes, graduales, persistentes y adaptativas. Existe, por ejemplo, un gradiente *geográfico* desde el noreste al suroeste que hace que varias zonas de Andalucía, Extremadura, Canarias, Murcia y Castilla La Mancha presenten seis años menos de esperanza de vida al nacer que la media española. Las peores zonas están en Sevilla, Huelva y Cádiz. En conclusión: “Si las áreas más deprimidas tuvieran indicadores de mortalidad equivalentes a las áreas más ricas, cada año podría evitarse la muerte de más de 35.000 personas. *En otras palabras, cada hora se producen 4 muertes ‘de más’ a causa de la desigualdad*”.

Este gradiente geográfico se complementa con un gradiente *social* que muestra cómo, a medida que se desciende en la escala social,

empeora considerablemente la salud de las población, aumentando la frecuencia (a veces doblándose) de enfermedades como la hipertensión arterial, diabetes, asma o bronquitis crónica. Detrás de ello se encuentra, normalmente, una situación laboral precaria y discriminatoria que lleva, por ejemplo, al colectivo de mujeres que trabajan en la limpieza y el servicio doméstico a presentar una salud entre 2 y 3 veces peor que la de trabajadoras no manuales.

El que estos resultados sean silenciados — o permanezcan “olvidados”— tiene que ver con varios factores sociopolíticos evidentes, pues encauzar la situación por otros derroteros implicaría impugnar el modelo de producción y consumo y las relaciones sociales que lo alimentan. Sin embargo, también ha ejercido un papel crucial en esta situación de “invisibilidad” la forma usual de concebir la atención médica y sanitaria. La visión dominante achaca los problemas de salud a tres tipos de causas (genético-biológicas, hábitos, y uso de los servicios sanitarios), lo que supone explícita o implícitamente culpar a las víctimas de su propia situación. Como decíamos al comienzo de esta reseña, Benach y Muntaner se oponen a esta visión y unen su esfuerzo a un planteamiento alternativo que incide en la *producción eco-social de la salud y de la enfermedad*. Esto no significa que las causas anteriores no tengan importancia, sino que contribuyen menos que otros factores socioeconómicos a explicar la salud y la enfermedad colectivamente. Por decirlo con sus palabras y con total claridad: “Los profesionales de la salud estiman cotidianamente la probabilidad de que los pacientes padezcan enfermedades mediante la valoración de factores de riesgo para la salud muy diversos. El hábito de fumar, el tener tensión arterial o el colesterol, ser obeso o hacer poco ejercicio físico son algunos de los factores más conocidos. Con menos frecuencia los trabajadores sanitarios indagan sobre la situación psicológica, familiar, laboral o ambiental de los enfermos. Y mucho menos aún sobre otros factores sociales y relativos a su clase social o situación económica, material, cultural o social.

Sin embargo, el conocimiento científico disponible actual es abrumador: el conjunto de estos factores sociales juega un papel decisivo en la determinación de la salud colectiva”.

Cuando estos factores cambian por la acción social y política —y, por tanto, se reduce la desigualdad— se observa que la salud colectiva mejora considerablemente. La salud, también aquí, “es inseparable de la política”. Y mala es la política que permite empeorar la salud de la población —a veces hasta la muerte— existiendo los medios para evitarlo. Como también lo es aquella política que, amparándose en “planes de ajuste estructural”, impone la utilización de los escasos recursos para fines ajenos a las necesidades de un país y deteriora gravemente la salud de sus habitantes.

Benach y Muntaner son conscientes de que cambiar la situación es algo tan difícil como necesario. Pero no es imposible. Merece la pena trabajar por ello ya que la alternativa a no hacerlo es, sin lugar a dudas, peor colectivamente. La “guía para orientarse” y el epílogo con el que concluyen su texto constituyen un magnífico asidero para afrontar esa tarea con ciertas garantías. Aprenderemos a mirar de forma diferente y a valorar la buena información y el conocimiento como herramientas necesarias. Pero del mismo modo aprenderemos que, cuando se trata de actuar, la política y la democracia ayudan mucho más que la técnica a reducir las desigualdades y a aumentar la justicia social.

Lo apuntaba Enzensberger y lo recuerdan acertadamente Benach y Muntaner: “estamos todos en el mismo bote. Pero el pobre será el primero en ahogarse”. Aquí, en estas páginas, hay un valioso e imprescindible material para ayudar a evitar el naufragio.

Óscar Carpintero  
Universidad de Valladolid

## PLANETA DE CIUDADES MISERIA

Mike Davis

Editorial Foca

Madrid 2007,

283 páginas

Comentar el libro de Mike Davis resulta difícil. Un recordatorio de la dura realidad en que viven muchas gentes deja tocado a cualquier lector con un mínimo de sensibilidad. Además, es tan prolijo en sus descripciones de las áreas urbanas hiperdegradadas de todo el mundo que, en ocasiones, se hace difícil seguir el hilo de los diversos capítulos y de las ideas más importantes. En cualquier caso, el índice pone un poco de orden en tan ilustrativa descripción.

Por primera vez, en el año 2008, la cantidad de personas que vive en ciudades ha superado a la población rural. Más de 3.300 millones de personas habitamos en espacios urbanos. El mundo rural pierde irremisiblemente y las causas son diversas y difíciles de cuantificar. Las Naciones Unidas estiman que más de la mitad de ese crecimiento proviene del “aumento natural de la población urbana”, pero no pueden olvidarse, sobre todo en los países subdesarrollados, los otros dos factores: las migraciones desde áreas rurales a urbanas y el cambio de calificación de una zona por su propio crecimiento.

En este contexto de urbanización acelerada, ¿cómo evoluciona el debate sobre las bondades y los problemas de este proceso? La respuesta más común y menos arriesgada es que “depende”. El último número de la Revista “Finanzas y Desarrollo” (publicada conjuntamente por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) dedicado al proceso de urbanización se inclina por la cautela obvia: “La urbanización rápida puede ser una bonanza, siempre que el mundo esté bien preparado”. Sus entusiastas hablan de los beneficios que, bajo la forma de mayores ingresos, capitalizan los particulares; de la mayor calidad de vida y posibilidades de

prestación de servicios; de su influencia en un comportamiento demográfico moderno; de los efectos positivos de la urbanización en el crecimiento económico general; y, finalmente, de su contribución al desarrollo rural.

Los pesimistas, seguramente más realistas, consideran pernicioso, por varias razones, el rápido proceso de urbanización seguido en la práctica por los países subdesarrollados. Por su impacto negativo en el medio ambiente y en la calidad de vida (las “megaciudades” son enormes sumideros de recursos hídricos, energéticos y de materiales que generan gran cantidad de residuos de imposible reciclaje). Porque se está produciendo un aumento de la pobreza urbana y porque esas desigualdades llevan a otros problemas sociales más graves como el aumento de la delincuencia.

Mike Davis ofrece un relato apasionante en el que describe con crudeza y precisión la triste realidad de degradación en las grandes áreas urbanas y aborda los elementos en discusión más interesantes. La primera viene reflejada por la persistencia en la utilización del término “slum”, que tiene sus orígenes en el siglo XIX, y muestra los recurrentes problemas de los grandes asentamientos de población. Sus primeras acepciones remitían a “amalgama de vivienda ruinoso, hacinamiento, enfermedad, pobreza y vicio”. Más de un siglo después sólo ha desaparecido la alusión al vicio, propio de la moral victoriana, como elemento característico de la configuración de las áreas hiperdegradadas: “hacinamiento, vivienda pobre o informal, falta de acceso a la sanidad o al agua potable e inseguridad en la propiedad”.

Los diversos elementos en discusión nos pueden dar una idea más acabada sobre el “grado de preparación” del mundo para abordar el crecimiento de las grandes áreas urbanas. Para empezar, éstas no son hoy hijas de la industrialización y, ni siquiera de la revolución agrícola de ayer. Más bien son, en muchos casos, el resultado urbano de lo que David Harvey ha dado en llamar “acumulación por desposesión”. Por lo tanto hacen falta nuevos

ojos para viejos problemas. A sus habitantes se les juntan todos los males: infravivienda, carencias de todo tipo de servicios, inseguridad, vecindad con basureros e industrias tóxicas, largos desplazamientos a sus lugares de trabajo cuando éstos existen, y pocas expectativas vitales. Davis llega a hablar de “humanidad excedente” ¿Qué caminos le han llevado a una caracterización tan dura?

Se muestra muy combativo en determinados aspectos que han influido en esta realidad, casi siempre con muchas razones. La crisis de la deuda de los años ochenta del siglo pasado y su tratamiento, desde el FMI, el Banco Mundial, y los banqueros occidentales, fue el comienzo de unas políticas, las conocidas como “el consenso de Washington”, de nefastas consecuencias para las zonas urbanas. Hasta la ONU, en su trabajo “The Challenge of Slums”, señala que “los Planes de Ajuste Estructural eran, por naturaleza, deliberadamente antiurbanos”. La despiadada e indiscriminada reducción del gasto público afectó, de forma decisiva, a los programas de mejora de las ciudades y a los escasos servicios que recibían los ciudadanos más pobres. Casi siempre los escritores describen mejor que los economistas. El libro recuerda las palabras del escritor nigeriano Fidelis Balogun para el caso de Lagos, aunque sirven para casi todas esas áreas: “La extraña lógica de este programa económico parecía ser que para devolver la vida a una economía moribunda primero había que exprimir bien los jugos a los ciudadanos con menos recursos”.

Pero el problema no es sólo de los programas, es más de fondo. Las relaciones económicas internacionales han consolidado un proceder peligroso. Los países acreedores no permiten a los pobres utilizar las reglas que ellos mismos utilizaron para fomentar su propio desarrollo a finales del siglo XIX y comienzos del XX. La conocida expresión “retirar la escalera” de Ha-Joon Chang ilustra bien el asunto. Desposeídos de autonomía apenas pueden plantear sus propias alternativas. Su desarrollo urbano se hace más problemático. La batida que hace Davis por

las megaciudades degradadas confirma la peor de las situaciones. Ni siquiera experiencias hijas de cierta planificación se salvan del problema. El eterno asunto de la propiedad del suelo sigue en primera línea aunque apenas se considere la posibilidad de hacer valer la propiedad pública.

Hay quienes mantienen que, en los últimos tiempos, el Banco Mundial abandera ciertas inflexiones en su consideración de la pobreza y del desarrollo. Ahí es donde más énfasis pone Davis en el debate de las ideas. No en vano coloca al economista peruano Hernando de Soto, defensor de las soluciones microempresariales para la pobreza, en el centro de sus polémicas: “Elogiar las habilidades de los pobres se convirtió en una cortina de humo para renegar de las obligaciones históricas del Estado en relación con la pobreza y la falta de vivienda”. El otorgamiento de “derechos de propiedad” a una parte de los miserables aporta algunos elementos beneficiosos, pero también contrapartidas muy costosas. La entrada en los circuitos mercantiles presenta contrapartidas evidentes; socava la solidaridad entre los pobres; y, aislada de otras políticas públicas fuertes, convierte su generalización en una quimera. Muchas políticas urbanas de la izquierda de América Latina han seguido esos derroteros y ya encuentran sus limitaciones.

En la misma línea, recupera el debate sobre “los mitos de la informalidad”. Ese cajón de sastre, que se ha dado en llamar sector informal, supone la forma de supervivencia de la mayor parte de los habitantes de las áreas urbanas hiperdegradadas. Sus potencialidades, difundidas por algunos teóricos y con resultados prácticos interesantes, encuentran rápidamente una senda de limitaciones y problemas. Apenas tienen impacto en la reducción de la pobreza, reservan sus maldades para niños y mujeres, olvidan derechos elementales, y dividen a los pobladores de esas zonas. “Si el sector informal no es el mundo feliz con el que soñaban los entusiastas neoliberales, en cambio con toda certeza es un auténtico museo viviente de la explotación humana” llega a señalar Davis.

Con esas condiciones, ¿puede haber revueltas masivas de los habitantes de los “slums”? No parece que la esperanza sea la nota dominante. Desde el lado de los análisis, el autor promete lo que a este libro le falta y que anuncia en un próximo trabajo con Forest Hylton: estudios comparativos de casos concretos. Desde la realidad, pocas esperanzas. La variedad de las respuestas de los miserables a la privación y el abandono es la nota dominante: “iglesias redentoras y cultos proféticos a las milicias étnicas, bandas callejeras, ONGs neoliberales y movimientos sociales revolucionarios”. Muchos actos de resistencia sin denominador común. Su negativa a aceptar su propia marginalidad terminal se mueve entre el atavismo y la vanguardia, entre la renuncia a la modernidad y algunos intentos por recuperar sus promesas fallidas”.

En definitiva, un trabajo que nos recuerda la cruda realidad tan ausente en nuestros medios de comunicación y en nuestros análisis. Y, puestos a hacer algo, recordar que las ayudas tienen que servir para conformar, desde lo público, mejores condiciones de vida de esa humanidad, hoy en día excedente, y para hacer crecer su escaso capital social.

*Fco. Javier Gutiérrez Hurtado*  
Profesor de Economía Aplicada de la  
Universidad de Valladolid

## EL FINAL DE LA ERA DEL PETRÓLEO BARATO

Joaquim Sempere y Enric Tello  
(coords).

Icaria,  
Barcelona, 2008,  
232 páginas

Por debajo de las diversas aportaciones que contiene *El final de la era del petróleo barato* vale la pena destacar una motivación compartida: la necesidad de generar utopías realistas, sin oxímoron insalvable, en un ámbito tan central para el futuro no lejano de la Humanidad como es el de las nuevas fuentes energéticas y la transición energética hacia ellas. No se trata de construir cuadros detallados ni modelos de dudosa potencia predictiva, pero sí sugerir, como señala Ernest García, “la apertura de novedosos horizontes culturales”. El final de la era del petróleo barato contiene valiosos testimonios de ello.

Componen este ensayo editado por Joaquim Sempere y Enric Tello, una presentación de los propios coordinadores, nueve capítulos escritos por Ernest García, Sempere, Jordi Roca Jusmet, Josep Puig i Boix, Mariano Marzo Carpio, Óscar Carpintero, Jorge Riechmann, José Manuel Naredo y Eduardo Giordano, y dos anexos, el primero de los cuales presenta datos básicos de la crisis del petróleo y el segundo es un excelente apunte, digno de sosegada reflexión, de Josep Puig i Boix sobre “Las estadísticas de la energía y sus trampas”, con un apunte crítico sobre los factores de conversión usados en el tratamiento del cómputo de la energía de origen nuclear y la proveniente de energías renovables.

Las temáticas discutidas son, pues, de actualidad urgente. La viabilidad de los agrocombustibles, por ejemplo, el asunto discutido por Óscar Carpintero en su contribución –“una polémica que conviene resolver de manera sosegada y racional”-, ha formado parte de la

reciente agenda de la Cumbre de la FAO sobre seguridad alimentaria celebrada en Roma. Mientras el secretario general de la ONU, Ban Ki Moon, ha pedido un consenso mundial sobre su utilización, como una de las medidas para paliar el hambre en el mundo, Luiz Inácio *Lula* da Silva, presidente de Brasil, uno de los principales países productores, ha defendido su uso sin demasiados matices críticos: 'Veo con indignación que muchos de los dedos que apuntan contra la energía limpia de los biocombustibles están sucios de aceite y carbón... Los biocombustibles no son el villano'. En cambio, Óscar Carpintero, señala en su aportación que uno, no el único desde luego, de los efectos nocivos de la proliferación en el consumo de biocombustibles es el creciente desarrollo de proyectos en países de Latinoamérica, Asia y África para que destinen una parte importante de su superficie agrícola a la plantación de cultivos energéticos para satisfacer no sus propias necesidades sino el consumo de los países ricos, "poniendo así en mayor riesgo su seguridad alimentaria y aumentando sus servidumbres ambientales con los países desarrollados".

Este es uno de los temas discutidos en el volumen. No es el único. Doy breve cuenta de algunas de las problemáticas tratadas. Ernest García, en el último apartado de su aportación –"Del pico del petróleo a las visiones de una sociedad post-fosilista"–, presenta y discute algunas de las visiones sobre las nuevas sociedades post-fosilistas. Una de sus preferidas es la defendida por Howard y Elisabeth Odum: los ecosistemas y las civilizaciones tienen en común un ciclo de cuatro fases –crecimiento, clímax, descenso, lenta recuperación de los recursos–. La aplicación de recursos adecuados a una situación de recursos limitados –escala reducida, eficiencia y cooperación– puede hacer que el descenso, inevitable por demás, sea benigno y compatible con el mantenimiento de una nivel suficiente de bienestar.

Joaquim Sempere advierte en su contribución –"Los riesgos y el potencial político de la transición a la era post-petróleo"– que la nece-

saria transición energética no va a ser ocasión para que se pongan en marcha las utopías ecologistas de los años 60 y 70 de "pequeñas unidades territoriales relativamente autosuficientes en la captación de energía". El gran capital, nuevamente, está ocupando el terreno energético y gestionándolo como una ocasión para relanzar la economía de los negocios con su dinámica de acumulación y crecimiento indefinidos. Advierte Sempere que si no prevalecen principios democrático-igualitarios, podemos vernos abocados a ecofascismos o ecoautoritarismos asociados a formas de imperialismo que "exporten" al Sur, que sí existe para estas "externalidades", los efectos más destructivos de la crisis ecológica.

Jordi Roca i Jusmet apunta en su comunicación sobre el cambio climático que tanto el protocolo de Kyoto como el mercado de derechos de CO2 pueden considerarse importantes pasos internacionales para dar respuesta al exceso de emisiones, pero que el mercado europeo es un instrumento interesante pero parcial cuyo potencial se ha visto limitado "por la generosa distribución de derechos (que ha llevado a unos precios bajísimos) y por la posibilidad de cubrir los compromisos acudiendo a los mecanismos de flexibilización de Kyoto". La situación española, advierte, es la más problemática.

Josep Puig i Boix señala en su contribución los derechos energéticos básicos necesarios para consolidar un sistema energético descentralizado o distribuido, eficiente, seguro, limpio y renovable. Entre ellos: el derecho a saber el origen de la energía que cada uno utiliza, el derecho a saber los efectos ecológicos y sociales de los sistemas energéticos que hacen posible el suministro de energía a cada usuario final de servicios energéticos o el derecho a introducir a las redes la energía generada in-situ. Estos derechos deben ir acompañados de las correspondientes responsabilidades ciudadanas. Entre ellas, la responsabilidad de autolimitarse en el uso de cualquier forma de energía y la de utilizar la energía generada con sentido común y evitando derroches de todo tipo.

Mariano Marzo Carpio, después de argüir que nos acercamos inexorablemente al fin de la era del petróleo abundante y barato, con su consiguiente repercusión negativa sobre la economía, y la irrupción de una nueva situación que requerirá una reestructuración en profundidad del sistema energético global, finaliza su aportación sobre “El hombre del hidrocarburo y el ocaso de la era del petróleo” con una disyuntiva realista y nada marginal: ha llegado el momento de plantear sin tapujos a la sociedad si desea optar por considerar el crecimiento económico como un fin en sí mismo o bien como un medio para alcanzar una cierta calidad de vida, no sólo material desde luego. No hay que llamarse a engaño: si se escoge la primera opción, no tiene sentido alguno hablar más tarde de sostenibilidad. Es un autoengaño interesado, retórica vacía.

Óscar Carpintero, en una de las aportaciones más políticas del volumen, después de hacer un balance crítico de los agrocombustibles, presenta un ajustado balance de los argumentos esgrimidos para dudar también del uso de la biomasa con fines principalmente energéticos. En sus conclusiones, señala la necesidad de redoblar esfuerzos en promover una nueva cultura energética de la gestión de la demanda (ahorro, eficiencia, movilidad), un decisivo apoyo a la energía solar en sus diferentes modalidades y conectar la política de residuos con la biomasa y con el principio de cerrar los ciclos de materiales en los procesos productivos, la agricultura ecológica y la lucha contra la erosión.

La aportación de Jorge Riechmann –“Chocando contra los límites: veinte tesis sobre biomasa y agrocombustibles”- es un texto magníficamente documentado, lleno de propuesta y matices. No cabe aquí resumirlo pero sí dar cuenta de una de sus tesis centrales: sustituir el petróleo y gasóleo que mueve los motores de nuestro vehículos por carburantes elaborados a partir de biomasa sólo sería una buena idea con muchos menos vehículos de motor en el planeta y mucho menor uso de los mismos.

Es necesario, pues, otro modelo de transporte que logre una movilidad suficiente a través del transporte colectivo, el transporte sobre raíles y bicicletas. Suficiente, remarca Riechmann, es noción esencial: “nuestro sobreconsumo de energía en general y de combustibles fósiles en particular ha de abordarse con decididas políticas de suficiencia, de autocontención, de gestión de demanda”.

José Manuel Naredo sostiene en su contribución, en línea con lo defendido junto a Antonio Valero en el libro *Desarrollo económico y deterioro ecológico* (Fundación Argenteria/ Visor, Madrid, 1999), que la sostenibilidad o viabilidad ecológica de un sistema económico debe enjuiciarse atendiendo no tanto a la intensidad en el uso “que hace de los stocks de recursos no renovables como a su capacidad para cerrar los ciclos de materiales mediante la recuperación o el reciclaje, con ayuda de fuentes renovables”. La aplicación de la metodología propuesta permitiría comparar el conjunto de la exergía almacenada en la corteza terrestre con la de origen solar, “expresando en términos meridianamente cuantitativos el conflicto que plantea en términos físicos la sostenibilidad global de la civilización que nos ha tocado vivir”.

Eduardo Giordano, en “Economía política del petróleo y militarismo”, en línea con anteriores contribuciones, afirma argumentadamente que la economía del petróleo es un sector no regulado por las leyes de la oferta y la demanda sino por el poder cuasi-monopólico de las grandes corporaciones y por la especulación, y “que esta última se alimenta de los conflictos bélicos promovidos por los países de origen de los mayores corporaciones petroleras, beneficiarias a su vez de los aumentos de precios así inducidos”. De este modo, Giordano argumenta que las guerras del petróleo pueden tener efectos positivos notables para la economía sin necesidad de que llegue a concretarse una ocupación operativamente rentable de un determinado país. En determinados contextos económicos, sostiene, “los países que controlan los flujos internacionales del mercado del petróleo pue-

den obtener más provecho 'dejando fuera de servicio' a algunos grandes productores que estimulando su producción petrolífera".

Los coordinadores señalan en su presentación que el horizonte no lejano de una era post-fosilista obliga a reconsiderar el modo de producir, comerciar, residir y consumir de la especie humana. No es obvio que a largo plazo pueda mantenerse, y muchos menos generalizarse, sean cuales sean las fuentes energéticas alternativas, el elevadísimo consumo energético exosomático de los países enriquecidos. La situación obliga a representar medios y finalidades. El fin de la era del petróleo plantea nuevamente la necesidad de un cambio radical del modelo de sociedad y la derivada política anexa: el renacimiento de una izquierda ecologista capaz de recuperar la idea de una planificación democrática de la economía. El final de la era del petróleo barato puede ayudar a ello de la mejor forma concebible: con datos, con argumentaciones, con críticas, despejando falsedades y senderos irresponsables y señalando finalidades alcanzables que intentan responder documentadamente al reto, ya centenario y tan actual por otra parte, del gran científico, activista y filósofo Otto Neurath: "si el mundo aprendió en 1914 a planificar una economía de guerra, ¿por qué no aprendemos a planificar la economía para la paz y la libertad?".

*Salvador López Arnal*

Profesor de la UNED y del Instituto Puig  
Castellar de Santa Coloma de Gramenet  
(Barcelona)

## POTENCIALIDADES Y LIMITACIONES DEL CODESARROLLO

Gómez Gil, Carlos

Bakeaz,  
Bilbao, 2008,  
227 páginas

## LA ILEGITIMIDAD DE LOS CRÉDITOS FAD. TREINTA AÑOS DE HISTORIA

Gómez Gil, Carlos (dir), Gómez Olivé,  
Dani (coord.), Tarafa, Gemma

Icaria Editorial/ Observatorio de la deuda en  
la globalización,  
Barcelona, 2008,  
204 páginas

Los dos libros objeto de esta reseña destacan por la importancia de las temáticas tratadas, así como por el rigor, honestidad y compromiso con que los autores las abordan.

La cooperación para el desarrollo y todo lo que rodea a las migraciones son campos cuya problemática suscita un interés creciente en la opinión pública y cuyo tratamiento es objeto de arduos debates en el plano político. Sin embargo, muy pocas veces vemos análisis que aborden su verdadero calado, porque demasiado a menudo de lo que se trata es de edulcorar la acción de gobierno, tergiversando el contenido de sus prácticas, de pulsar la veta demagógica presentando los procesos de forma sesgada o de perseguir objetivos de parte. Por ello, se siente un soplo de cordura y aire fresco cuando se topa con publicaciones que tratan de desentrañar la complejidad de las cuestiones planteadas y de sopesar con escrúpulo los posibles tratamientos.

Es lo que sucede con los trabajos que nos ocupan. Sitúan la cooperación y la ayuda oficial al desarrollo (AOD) dentro del actual entramado de relaciones económicas internacionales, porque sólo en su seno puede captarse su significado, y asumen que de poco vale que se nos

llene la boca hablando de desarrollo si no comprendemos la génesis, reproducción y políticas que subyacen en el subdesarrollo. Su tesis es que sólo desde estas bases cobra pleno sentido la investigación de los destinatarios, tipologías y agentes de la AOD, así como el análisis del contenido real de las prácticas que se esconden detrás de los grandes enunciados. En este contexto, la experiencia reguladora de los distintos países puede ser comparada y las distintas opciones contrastadas.

Con una actitud similar se aproximan a las migraciones, contextualizándolas en la economía mundial de nuestros días, estableciendo su evolución sin pretender meter en el mismo saco distintas tipologías. No se pone el carro delante de los bueyes y se postula de forma explícita que difícilmente podremos captar sus efectos si no somos capaces de entender la diversidad de factores que las provocan. Su impacto afecta tanto a las sociedades emisoras de emigrantes -que, a la vez que ven como merma su fuerza de trabajo y se descompone su tejido social, se benefician de la recepción de las remesas que esos mismos emigrantes remiten a sus lugares de origen- como a las sociedades a las que afluyen los inmigrantes -aportando fuerza de trabajo y, al mismo tiempo, creando problemas de integración de diversa intensidad, que no pueden ni ocultarse con voluntarismo, ni exagerarse de forma intencionada. Las dificultades de regulación no desaparecen por el mero hecho de haber situado de forma consistente la problemática, pero es indudable que al hacerlo se facilita la comparación de experiencias y la evaluación de los posibles enfoques.

Tanto la cooperación para el desarrollo como los flujos migratorios son vectores que forman parte del entramado de relaciones internacionales. Más aún, ambos fenómenos enlazan el mundo de la abundancia con el mundo de la carencia, los países ricos con los países pobres, lo bien o mal llamado desarrollo con lo bien o mal llamado subdesarrollo. Siendo esto así, la tentación de combinarlos aparece como una posibilidad demasiado tentadora, ¿por qué no

pensar los flujos migratorios de forma integrada, en vez de analizar de forma separada su significado para emisores y receptores?, ¿por qué no dar un paso más e incorporar al proceso las posibilidades que lleva bajo el brazo la cooperación para el desarrollo?, ¿por qué no adoptar una postura optimista y pensar que, todo bien mezclado, nos puede ayudar a coevolucionar con beneficios recíprocos? Esta andadura es la que ha dado lugar al bienintencionado enunciado del codesarrollo.

Para mejor entender las características de su enfoque y antes de exponer la forma en la que los libros que comentamos abordan estas cuestiones, conviene detenerse un punto sobre algunos hábitos profundamente enraizados en la Economía.

Si preguntáramos en qué medida, habitualmente, los análisis tienden a concentrarse en los ámbitos determinantes del quehacer económico, nos veríamos obligados a reconocer que suele haber una ocultación de dimensiones imprescindibles para entender la forma de funcionamiento y reproducción de muchos procesos económicos, ya que, si la acotación que se practica no contiene en su seno las variables explicativas de su comportamiento, estaremos intentando investigar una realidad amputada de parte de los elementos esenciales que la constituyen. Es el caso de determinados procesos económicos en los que la dimensión histórica y la dinámica social son esenciales para su comprensión y por tanto no suprimibles en el curso del esfuerzo de estilización. En estos casos, existe el riesgo de que el esfuerzo que, con ese propósito, suele acompañar a los análisis, suponga un vaciamiento progresivo del discurso económico.

Es un hecho que hemos avanzado extraordinariamente en la complejidad y potencia del lenguaje matemático que utiliza la Economía, lo cual, indudablemente, es positivo. Pero la dificultad y belleza de las construcciones lógicas nada dicen del contenido económico que manejan. Desde el punto de vista sustantivo de la Economía, la lógica utilizada no deja de ser un

instrumento, importantísimo sin duda, pero el instrumento nunca puede convertirse en fin, ocultando que detrás de su apariencia se ha producido un vaciamiento del contenido económico del discurso.

En este contexto, los trabajos que nos ocupan pertenecen a la tipología que procura no perder de vista la complejidad de elementos que intervienen en las problemáticas que analizan, ni tampoco sacrificar información, que tratan de forma clara y sistemática, aunque a cambio renuncien a llevar a cabo ejercicios formales más sofisticados, sirviéndose del material empírico acumulado. Para algunos es una limitación, mientras que otros lo vemos como una aportación valiosa al esfuerzo de investigación colectivo.

En la *Ilegitimidad de los créditos FAD*, los autores sistematizan y ponen al día las investigaciones realizadas por Carlos Gómez durante más de una década en torno al principal y al más oscuro de los instrumentos de que se ha valido la AOD española, diseccionando su origen y evolución histórica para, desde esos fundamentos, argumentar la oposición que existe entre los créditos FAD y la verdadera ayuda al desarrollo. Proporcionan a continuación un documentado análisis comparativo de las posiciones de instituciones y gobiernos en torno a las ayudas que ligan su concesión a la adquisición de bienes y servicios suministrados por empresas del país donante, con todas las distorsiones que ese carácter "ligado" conlleva para el objetivo principal de cooperación al desarrollo. Su crítica a los FAD se refuerza con el estudio de la ilegitimidad de su origen que, a menudo, no sólo se encuentra de espaldas a su verdadero objetivo de coadyuvar al desarrollo sino que genera una hipoteca para su futuro, en forma de deuda externa que lleva en su frontispicio la afrenta de su ilegitimidad originaria, vinculada a la guerra, a la compra de armas, a la corrupción, a los intereses de las élites, a proyectos con negativos impactos sociales, económicos y ambientales o a las políticas de ajuste estructural impuestas por los organismos económicos internacionales. Siguiendo en la línea

de compromiso social que rezuma todo el trabajo, los autores terminan haciendo propuestas concretas y estableciendo los lineamientos sobre los que se debería plantear la necesaria reforma de los FAD.

En *Potencialidades y limitaciones del codesarrollo*, Carlos Gómez se adentra con decisión y finura analítica en un terreno por demás proceloso porque, aunque el término codesarrollo esté en cierta boga, su contenido es ambiguo y bien sabemos que cuando se unen moda y polisemia en torno a una nueva expresión –casos similares podrían ser los de desarrollo sostenible o globalización- toda la cautela es poca para no acabar llevando el agua al molino inadecuado. El autor, consciente del riesgo, pone de relieve imprecisiones e interpretaciones sesgadas, proporciona una información rica y sistemática sobre la literatura, profundiza en fenómenos de especial relevancia como son las remesas de emigrantes, introduce la perspectiva de las mujeres, postula la participación de los propios inmigrantes como parte constitutiva del proceso, constata la presencia de iniciativas empresariales y expone una panoplia significativa de experiencias concretas, dejando que el lector elabore su propio juicio. Así, los múltiples impactos de los flujos migratorios se interconectan con las posibilidades que ofrece la cooperación, con el propósito de conseguir beneficios para todos los partícipes. Un propósito loable, si se aplicara con radical coherencia, pero que no cabe ignorar que se tiene que llevar a cabo dentro de una dinámica de relaciones económicas internacionales que no lo favorece, persiguiendo además el elusivo objetivo del desarrollo.

En resumen, estamos ante materiales altamente recomendables para quienes quieran entender la complejidad de la problemática de la cooperación para el desarrollo y de los actuales movimientos migratorios, trabajos que abordan sin concesiones las limitaciones que atraviesan las prácticas establecidas y las posibilidades de adoptar otras líneas que persigan objetivos clara y consecuentemente formulados. Lo hacen a sabiendas de que la Administración es

reticente a romper el entramado de inercias, intereses establecidos y pugnas burocráticas que rodean a estos problemas. Por su parte, la universidad debe valorar y sentirse honrada por la riqueza que aportan las investigaciones que realizan algunos de sus miembros, que deberían ser valiosísimos materiales que, combinados con tratamientos que incorporaran dimensiones adicionales -que la universidad está en condiciones de aportar- permitieran ejercer una función social crítica y propositiva en temáticas cruciales para el buen desenvolvimiento de nuestras sociedades. En la misma línea, para la sociedad civil, la trayectoria de análisis y compromiso de Carlos Gómez es a la vez nutriente y ejemplo.

*Ángel Martínez González-Tablas*  
Catedrático de Economía Mundial de la  
Universidad Complutense de Madrid y  
Presidente del Consejo Asesor del CIP-  
Ecosocial